

CAPITULO XLIII.

1. Civilización de los antiguos habitantes del Palenque.—2. Los egipcios juzgados por sus monumentos.—3. Comparacion de lo que en ellos se vé con lo que aparece en las ruinas del Palenque y Ococingo.—4. Observaciones á que esto dá lugar y juicio que han formado el Baron de Humboldt, Mr. Farcy y Mr. Warden.—5. Reflexiones que ocurren á la vista de esas ruinas.—6. Destino de muchos pueblos célebres de la antigüedad.—7. Lo que es de pensarse al contemplar lo que queda del Palenque, y recordar lo sucedido con otras ciudades como Menfis y Tebas.—8. Roma, Grecia, Babilonia, Nínive, Cártago, Esparta, Aténas.—9. Necesidad de un exámen más detenido, y exploracion de los contornos en que aquellas ruinas se hallan situadas; resultados que pueden obtenerse.—10. Crónica de Paros.—11. Luz que han esparcido sobre la historia los edificios destrozados de Egipto, sus tumbas é inscripciones; gloria de Champolion.—12. Inscripciones de las ruinas de Palmira y Balbeck.—13. Revelaciones que se obtendrán con el descubrimiento de la clave del alfabeto de los palencanos.—14. Otros datos que dán á conocer el grado de cultura á que habian llegado otras comarcas de este continente.

§ 1.

No pueden examinarse los restos que quedan de las ciudades arruinadas del Palenque y Ococingo, sin admirar el grado de cultura á que habia llegado el pueblo que las habitó, cuya historia desconocemos, cuyos recuerdos se extinguieron, y cuyo origen y celebridad apenas es dable graduar por los pocos vestigios que han dejado de su existencia. El nuevo mundo, ha dicho Mr. Farcy, bien puede ser tan viejo como el antiguo. Sus monumentos indican una civilizacion avanzada, quizá contemporánea con la de Egipto y la India, y á la verdad que no es posible formarse otra idea de lo que se presenta á nuestra vista. Un pueblo que construye templos y palacios segun las buenas reglas del arte, sin echarse de ménos los conocimientos de la geometría y de la mecánica; que los adorna con obras de escultura, que la mano hábil del artista ha sabido trazar con proporcion y regularidad, dando á las figuras flexibilidad en sus músculos, vida y movimiento en las demás partes del cuerpo, y nobleza en las actitudes, tallándolas y esculpiéndolas en piedras duras; que las cubre de graciosos vestidos, donde aparece el refinamiento del gusto, y las carga de joyas y otros objetos de lujo; que forma de estuco figuras caprichosas, y elegantes dibujos, que fabrica puentes sobre los rios; que no ig-

nora los principios de la arquitectura subterránea; que en sus construcciones solo usa de materiales, que los pueblos más cultos han empleado en las grandes obras, con que han querido ostentar su poder, é inmortalizar su memoria; y por último, que tiene una escritura propia para perpetuar los grandes sucesos, y conservar los actos importantes de su vida política, no puede haber sido un pueblo salvaje, con escasos años de existencia, y falto de aquellos principios que constituyen el progreso y la cultura en el seno de la sociedad. La imperfeccion acompaña siempre la infancia de las naciones, é indicio seguro es de que los hombres no se han alejado de la rudeza del estado natural, que lleva un tipo particular, que no puede confundirse con la obra lenta del tiempo, y la marcha progresiva del género humano.

§ 2.

Las obras de los egipcios nos hacen admirar el grado de adelanto á que en los tiempos más remotos llegó esa nacion ilustre, situada en medio del antiguo Continente, regada por uno de los rios más caudalosos, que con razon se considera como la cuna del saber, y el origen de las ciencias y de las

artes. (1) Excitan en **verdad** nuestro asombro las hermosas decoraciones, **soberbias** columnas, y bien construidas pilastras del **vasto** edificio de Medinet Habou; la multitud de **bajos** relieves, perfectamente ejecutados que lo **adornan**; las inscripciones que revelan los grandes **sucesos**, hazañas, é historia de Rhamse Miramoun; la multitud de esculturas que lo embellecen; sus cielos tachonados de estrellas, sus puertas de **granito**, sus bellas cariátides; todo lo cual dá idea **completa** de los inmortales monumentos egipcios, **que** no obstante el trascurso de los siglos, y los **adelantos** de la civilizacion, arrebatan nuestro espíritu é impresionan vivamente nuestra alma. La arquitectura, la escultura, y la pintura no se hallaban **allí** ciertamente en su infancia; pues para llegar á construir edificios de esa naturaleza, era preciso haber caminado en las artes un espacio inmenso. Ellos indican la **ilustrada** virilidad de una nacion, y no los primeros pasos de una infancia débil é inesperta.

(1) "El Egipto y la Caldea son consideradas, dice el abate Mignot, como la cuna de las ciencias y de las artes, y creése comunmente que en esos países comenzó á cultivarse la filosofía, aunque la India les disputa esta prerrogativa." (1)

1 Memoire sur les anciens philosophes de l'Inde par l'abbe Mignot, inserée dans les Meemoires de l'Academie des inscriptions et belles lettres, tom. 55, pág. 132.

§ 3.

Igual cosa puede decirse de las ruinas del Palenque y Ococingo. Lo que queda, no puede engañarnos; lo que aun está oculto en las entrañas de los bosques, en la aspereza de las montañas, ó solo quizá algunos palmos debajo de la tierra, completará tan grandioso cuadro. Verdad es que no vemos, como en Egipto, espaciosa galerias formadas de grandes columnas, pero se nos presenta una arquitectura nueva, edificios de grandes dimensiones, estensos corredores y patios, con piezas bien distribuidas, paredes y techos, en que no se ha empleado más que piedra, y algunas de tamaño considerable, perfectamente cortadas y pulidas, que corresponden á las que la geometria considera para la resolucion de sus problemas. No hay arcos ni bóbedas, como los que se vén en otras construcciones, pero sus techos se sostienen admirando los siglos que han pasado, desde que se ajustaron unas sobre otras las lozas que los forman, siendo la sencillez y la magestad su carácter distintivo.

El pueblo, pues, que habia logrado llevar su arquitectura á tan alto grado, desdeñando emplear materiales frágiles y de poca duracion; que se muestra entendido sobremanera en las obras de escultura más perfectas que las de otras muchas

naeiones de la antigüedad, en la época que se suponen trabajadas; que conocia perfectamente las reglas del buen gusto aplicándolas á los adornos de sus figuras, y de sus habitaciones; no es un pueblo rudo y despreciable, sino una nacion que habia llegado á ser grande, y colocádose por sus propios esfuerzos, á considerable altura.

Por último, este pueblo que decoraba las paredes de sus edificios con obras de estuco, bien delineadas, y de esmerada ejecucion, con inscripciones en caracteres simbólicos y fonéticos, que tal vez contienen parte de su historia, ó cosas de grande importancia, dá á conocer lo adelantado que se hallaba en la carrera de la civilizacion. «La barbarie, dice Champolion, (1) no escribe sus anales sobre sus edificios.» Eso muestra igualmente, que tal adelanto y desarrollo es la obra lenta del tiempo: la infancia no es lo mismo que la adolescencia y la madurez; las obras de las naciones llevan el sello de la época en que se ejecutan; puede por ellas conocerse su estado comparándolas entre si, y con las de otros pueblos.

Al examinar el Baron de Humboldt un relieve del Palenque que le mandó Cervantes, y equivocadamente se creia que era de las ruinas de Oaxaca, ha calificado como superior la civilizacion de

(1) Champolion. Historia descriptiva y pintoresca de Egipto, tom. 2, pág. 457.

los palencanos á los habitantes del Valle de México. Si el exámen de las obras de éstos, sus pinturas, sus símbolos, su calendario, su zodiaco, el arreglo de sus fiestas por el movimiento de los astros, en una palabra, su historia, ha hecho formar de ellos idea muy aventajada, distinta en verdad de la que tenian sus detractores Paw, Raynal, y Robertson; si Mr. Farcy, considerando sus monumentos, le ha llamado la *tierra clásica de la civilizacion y de las artes en América*; (1) ¿qué deberá decirse del Palenque, cuyas obras tienen tanta y tan marcada superioridad bajo diversos respectos, á tal punto que parece que á ellas aludia Mr. Farcy al expresarse en los términos que hemos mencionado? De todo esto puede colegirse, que si grandiosos son los monumentos suyos que admiramos, natural es suponer que su religion, y sus usos y costumbres fuesen correspondientes, alejándose mucho de esas prácticas abusivas y feroces de un pueblo sumerjido en la ignorancia y la barbarie. Mr. Warden, que tan profundos y estensos conocimientos tiene así sobre las antigüedades de América como de otros países, ha formado un juicio sobre sus adelantos. «El descubrimiento de los monumentos del Palenque, dice, hace conocer una nacion, que en los tiempos más remotos habia hecho grandes progresos en las artes y se cree que sus habitantes estaban más ade-

(1) Discours sur les deux questions proposes etc.

lantados en civilizacion que los Estados Unidos y aun México, atendiendo á los monumentos que quedan de estos, y los pocos ó ningunos de los primeros.» (1)

§ 4.

Esto ha sido el Palenque, cuyas ruinas abandonadas en medio de los bosques detienen los pasos del viajero que se dirige á contemplarlas. Su aspecto es melancólico, pues no se ha cuidado de conservar ni aún la parte descubierta. El silencio que reina en aquellas soledades infunde á veces pavor. El tiempo ha ido carcomiendo bastante esas obras grandiosas, y la ciudad que fué tal vez mansion de monarcas, y en donde brilló el lujo y el poder en toda su magnificencia, es hoy un monton de escombros y partes de edificios que se inclinan bajo el peso de los siglos, y están al desplomarse enteramente. Esas obras maravillosas, envueltas en la oscuridad y la duda, son testimonio, sin embargo, del poderío y existencia de un gran pueblo, que hubo de desaparecer de la faz de la tierra. ¿Quién sabe que sol presenciaria tan funesto acontecimiento, ó la série de sucesos que dieron este resultado? Quizá sobre esas ruinas reposan más de

(1) Recherches sur les antiquités de l'Amerique du Nord et l'Amerique du Sud. chap. 11.

treinta siglos: ¡cuántos acontecimientos han pasado en tan dilatado tiempo!

§ 5.

Egipto brilló tambien como un astro. Descollaba con magestad entre las naciones poderosas de la antigüedad; más cumpliése su destino, tocó en la vejez, y minado interiormente su imperio por esos males precursores de la muerte, se extingió á los repetidos golpes de acontecimientos, cuya acción es irresistible. Los bárbaros, que partiendo súbitamente de las orillas del Araxe, mandados por Ciro, habian subyugado á Babilonia y la Siria, hollaron varias veces su territorio. Ocupólo igualmente Cambises con sus armas victoriosas. Entónces la barbarie hizo guerra abierta á la civilizacion, y el fanatismo de los *magos* causó la desolacion de sus templos. Fué Nectabé el último de sus reyes, quedando convertido en tiempo de Augusto en prefectura romana. Hace más de veintiun siglos que esta nacion inmortal sufre el yugo extranjero, y solo conserva el recuerdo de su grandeza y de su pasada gloria.

No es posible dejar de concebir que ruinas de tanta estencion como las del Palenque, y tan notables como las de Ococingo, dejen de ser los restos de ciudades opulentas. Probable es que esa nacion abrigara en su seno otras muchas de igual espe-

cie, que ó no se han descubierto, ó desaparecieron enteramente, como ha sucedido en varios países. Menfis, sobre la que cayeron tantos infortunios, célebrada en los anales de todos los pueblos cultos de Oriente, rival de Tiro y de Babilonia, la que educando á Moisés dió un legislador á los hebreos, y que era una de las ciudades más célebres de Egipto, fué arrasada y destruida por Cambises. Apénas quedan de ella algunos montones de escombros, esparcidos de trecho en trecho, que sirven de indicio para descubrir el sitio en que estaba edificada. Aun estos restos miserables han sido cubiertos por el limo del Nilo, ó las arenas del desierto, y donde ántes se levantaban soberbios edificios, hoy solo se vén palmas dátiles. . . . Tebas, la ciudad sagrada é inmortal (1) donde se hallaba

(1) Hay variedad de opiniones entre los autores sobre la extension de esta ciudad. Caton le daba cuatrocientos estadios de largo. Diodoro dice, que su circuito era de ciento cuarenta. Strabon, en cuyo tiempo estaba ya desierta, asegura que sus ruinas ocupaban ochenta estadios de largo. Eustato le dá cuatrocientos veinte, tambien de largo. Otros dicen que su estension no pasaba de dos millones novecientas noventa y siete, ochocientas veinte y seis toesas cuadradas, que no son más que las tres cuartas partes de Paris, que segun Deslille era de 4.100,337.

Segun Homero, (1) tenia cien puertas. Encerraba en su recinto setecientos mil combatientes. (2) Heródoto

1 Iliada, l. 9, v. 393.

2 Tacito, Anales, l. 2, c. 60.

el depósito de los conocimientos de aquel tiempo en poder de sus sacerdotes, cuyos escritos estaban llenos de profundas observaciones y descubrimientos admirables. Acudian allí de todas partes para examinar su gobierno é ilustrarse, y allí fué donde los filósofos griegos adquirieron aquella sólida y brillante instruccion que se nota en sus obras. Situado entre el Mediterraneo, el Mar Rojo y la Etiopia era el centro del comercio. Saqueada por los persas, destruidos sus templos, y profanadas las tumbas de sus reyes, esa ciudad quedó tambien reducida á escombros, y su grandeza entre ruinas sepultada. Hoy se señala con trabajo el espacio que ocupaba, é igual cosa puede decirse de Heliopolis y de Sais.

§ 7.

Roma levantó orgullosa su cabeza, y cayó; la Grecia hubo de derramar torrentes de luz y se eclipsó; desafió el Asia con su poder la existencia de los pueblos inmediatos, atándolos á su carro triunfan-

solo contaba en todo el Egipto cuarenta y un mil combatientes. (1) Habla Diodoro de sus templos magníficos, y de su gran muralla, en cuyas inmediaciones se encontraban esos sepulcros suntuosos de los antiguos reyes de Egipto. De tan opulenta ciudad no quedó sino un monton de ruinas. El viajero fija lleno de tristeza los ojos en esos restos, que naturalmente le inclinan á meditar sobre los tiempos pasados, é insubsistencia de las cosas humanas.

1 l. 2, n. 164.